

España, ante el espejo alemán

Durante años, Alemania ha sido elevada a la categoría de dogma económico europeo. Superávits fiscales, músculo industrial y una supuesta superioridad en productividad han alimentado un relato que hoy se desmorona. Wolfgang Münchau, en *Kaput*: el fin del milagro alemán, no hace literatura: hace autopsia. Y el diagnóstico es claro: el modelo alemán no era infalible, sino rígido, complaciente y estratégicamente miope.

La crisis actual de Alemania no es coyuntural. Es el resultado de errores acumulados: dependencia energética mal gestionada, infrafinanciación en digitalización,

exceso de confianza en su sector exportador y una transición ecológica ejecutada sin un anclaje industrial sólido. La diferencia es que Alemania llega a este punto con un balance público robusto que amortigua el impacto. Puede permitirse equivocarse... hasta cierto límite.

España está emergiendo como el nuevo caso de éxito entre las economías europeas; la experiencia de Alemania obliga a la cautela. El crecimiento reciente, repetido como un mantra político, es, en gran medida, extensivo y de baja calidad: consumo impulsado por gasto público, turismo y

empleo de escasa productividad. Es decir, crecimiento sin transformación.

El problema central sigue siendo la productividad, tanto la del trabajo como la conjunta de trabajo y capital, estancadas desde hace décadas. España no solo no converge en productividad con las economías líderes, sino que amplía la brecha. La asignación de capital continúa distorsionada hacia sectores de bajo valor añadido, mientras la inversión en tecnología y capital humano no alcanza masa crítica. Hablar de digitalización en este contexto roza la retórica vacía: la adopción tecnológica real en el tejido empresarial es lenta, fragmentada y, en muchos casos, cosmética.

La transición ecológica reproduce un patrón similar. Se presenta como vector de modernización, pero adolece de una política industrial coherente. Sin cadenas de valor consolidadas ni estrategia energética estable, el riesgo no es liderar el cambio, sino financiarlo para que otros lo capitalicen. Alemania ya está pagando ese error.

El mercado laboral añade otra capa de ineficiencia estructural. Más allá de las cifras agregadas de empleo, persisten problemas crónicos: dualidad, baja productividad por hora trabajada y un absentismo creciente que actúa como impuesto silencioso sobre las empresas. La flexibilidad sigue siendo más nominal que real, y la calidad del empleo no acompaña al volumen.

Pero donde la comparación con Alemania resulta directamente inquietante es en el frente fiscal. España opera con niveles de deuda y déficit que limitan severamente su capacidad de respuesta a los *shocks* externos. No hay margen anticíclico significativo. Cada punto de desaceleración futura tendrá un coste multiplicado, porque la deuda de Estado ya está sobredimensionada.

La conclusión es incómoda: España no está replicando el modelo alemán de éxito, sino sus errores estructurales, amplificados por una base económica más dé-

bil. Crecer por encima de la media europea en el corto plazo corre el riesgo de olvidar las necesarias reformas profundas y el cambio en el modelo productivo.

Las crisis económicas no suelen ser sorpresas; son desenlaces. Alemania ya ha entrado en esa fase. España debe aprender de la experiencia ajena y aprovechar cualquier bonanza económica

«Sin cadenas de valor consolidadas ni estrategia energética estable, el riesgo no es liderar el cambio, sino financiarlo para que otros lo capitalicen»

para corregir desequilibrios fundamentales, evitando la complacencia.

De no hacerlo así, el *kaput* dejará de ser una advertencia ajena para convertirse en un diagnóstico propio.

Jorge Villarroya es presidente de la Cámara de Zaragoza